

Margarita Occhiena

Madre de Don Bosco y de la Familia Salesiana

Amable y hermosa, joven e ingeniosa, Margarita Occhiena había sido solicitada como esposa por varios jóvenes, en aquellos tiempos en los que se acostumbraba casarse siendo jovencísimos. Pero sólo después de cumplir los veintitrés, en 1812, dio su conformidad a Francisco Bosco, campesino que prestaba sus servicios en casa de un vecino acomodado. Había quedado viudo con un hijo, Antonio, y se le había muerto la primera hija, Teresa. Entró en una casa que ya había sido visitada por el dolor y donde su primer trabajo fue abrazar y consolar a un huérfano. Aquel huérfano le causaría muchas amarguras y disgustos. Será una pesada cruz con la que cargar, y sin embargo sabrá educarlo con firmeza y amor, hasta hacer de él un hombre honrado.

“El Señor bendijo la unión de Francisco y Margarita –escribe Lemoyne- y los alegró con el nacimiento de dos hijos. Al primogénito, nacido en 1813, le pusieron el nombre de José, y al segundo, nacido el 16 de agosto de 1815, lo llamaron Juan”.

“Tenía solamente cuatro años – contará Don Bosco-. Un día al regresar del campo con mi hermano José, estábamos los dos muertos de sed, pues el verano era muy caluroso. La madre sacó agua y la ofreció en primer lugar a José. Yo, creyendo ver en aquel gesto una preferencia, hice como que no la quería. La madre, sin decir palabra, se llevó el agua. Yo permanecí un momento de aquel modo, y luego tímidamente dije:

- Mamá, ¿no me da agua también a mí?

- Creí que no tenías sed.

- Mamá, perdón. -Así está bien.

Fue por el agua y sonriendo me la dio”

En aquel tiempo Margarita había sido ya golpeada por una tremenda desgracia: la muerte de su marido Francisco, abatido por la pulmonía en mayo de

1817. Había aceptado la voluntad de Dios, pero desde ese momento su vida se llenó de muchas y pesadas cargas que sobrellevar: gobernar la casa, llevar adelante los campos, cavar la viña. Pero no se olvidó de ser, ante todo, la madre de sus niños. Lo revela la última palabra de la pequeña narración salida de la boca de Don Bosco: sonriendo. Una madre siempre tensa por la fatiga, las responsabilidades, habría hecho de sus hijos unos ansiosos. Margarita, sonriendo, les enseñó a dar gracias, a cumplir sus deberes. Y los deberes eran duros para todos, en aquellos tiempos: tiempos de carestías, de pestes, de verdadera hambre, tiempos en los que era necesario hacer a pie 19 kilómetros para ir a la escuela, y los niños de ocho años tenían que trabajar para ganarse el pan.

Margarita, sin embargo, nunca consideró como tiempo perdido el que se quitaba del trabajo para entregarlo a Dios. Ya que el párroco vivía lejos, ella misma enseñó el catecismo a Juan, y lo preparó para la primera comunión. Y con los hechos le enseñó a encontrar al Señor en los enfermos, en los pobres. Margarita era una mujer de gran fe. Dios estaba en la cima de todos sus pensamientos, y por tanto también lo estaba siempre en sus labios. Dios te ve: era la gran palabra con la que les recordaba a sus hijos que siempre se encontraban bajo la mirada del Dios grande que un día los habría de juzgar. Si les permitía ir a entretenerse por los prados vecinos, les decía: “Acuérdense de que Dios los ve”. Si alguna vez los veía pensativos y temía que en su ánimo ocultasen pequeños rencores, les susurraba al oído: “Acuérdate de que Dios te ve y ve también tus pensamientos”. En las hermosas noches estrelladas, salían fuera de casa, señalaba el cielo y les decía: “Dios es quien ha creado el mundo y ha colocado allí arriba las estrellas. Si el firmamento es tan hermoso, ¿cómo será el Paraíso?”. 

